

1

PARTIDAS Y CONSIGNAS DE FALSEDAD

A primera hora del 20 de agosto de 1968, la mañana de la partida de su hijo, Prem Kumar Patel cedió a un lujo que nunca, en sus cuarenta y siete años de vida, había experimentado: tuvo un sueño. Fue un sueño largo, terrible, que parecía devolverlo al útero materno y precipitarlo al final de su vida, a un valle sumergido en hielo. En ese sueño, Prem Kumar escalaba montañas, trataba de encontrar a su mujer y a sus cuatro hijos. Los había perdido en un extraño reino en el que los hombres acarreaban los espectros de sus ancestros a la espalda y las mujeres se ocultaban en los árboles y disparaban flechas de punta envenenada. Prem Kumar, quieto ante una gran puerta de madera, oía los chillidos de sus hijos. Babo, especialmente; su hijo mayor, que pasaba frío y quería más mantas para dormir; que no estaba acostumbrado al aire gélido que mudaba su tono castaño oscuro a un color pistacho. Babo no paraba de llamarlo: «Prem Kumar, ¿por qué me enviaste a este lugar? ¿Por qué me hiciste marchar?». Los otros hijos, Meenal, Dolly y Chotu, chillaban a coro con él: «¿Por qué lo hiciste marchar? ¿Por qué hiciste que nuestro hermano se fuera?».

Toda la mañana, mientras al otro lado del mundo los tanques soviéticos invadían la República Socialista de Checoslovaquia, Prem Kumar Patel yacía como un cadáver, boca arriba en Madrás, al sur de la India, y contemplaba como su vida entera pasaba por delante de él en una serie de escenas argénteas y fugaces. Vio a su encanecida madre en los peldaños de la entrada de su casa en Ganga Bazaar, pelando mangos para nietos que no ha-

bían nacido aún. Vio chacales que vagaban por calles llenas de escombros en una ciudad en ruinas. Vio llamaradas y elevaciones, y un aeroplano celestial que bajaba del cielo. Vio cosas que era imposible que hubieran pasado, pero parecían tan reales y se asustó tanto que tuvo que volverse hacia su esposa, que yacía junto a él, y succionar sus pechos de luz asombrosa. Quiso preguntar qué significaban aquellos presagios, pero Trishala, irritada, apartó a cachetazos la boca de su marido y no quiso nada de eso. «¡Fuera, fuera! –le dijo–. ¿Qué te pasa? ¿Por qué me molestas tan temprano por la mañana?» Tiró de las sábanas, se cubrió su voluminoso cuerpo con ellas, y eligió encerrarse en su propio mundo de ensueño.

Cuando Prem Kumar finalmente se despertó, el día de la partida de Babo, tenía surcos oscuros bajo los ojos y la parte más ancha de la nariz acribillada por los mosquitos. A lo lejos oía la monserga diaria de su vecino Darayus Mazda desde el balcón: «¡Ah! Me están haciendo pedazos. Mi familia me hace pedazos. Quieren mandarme a las Torres del Silencio antes de hora. ¿Me salvará alguien de su maldad...?». Y seguía y seguía, hasta que Prem Kumar, por primera vez desde que eran vecinos, quiso acercarse a su prójimo parsi y consolarlo en su sufrimiento. Que nadie trataba de quitárselo de encima; que, de hecho, era él, Prem Kumar, quien iba a sufrir un dolor mucho mayor.

Prem Kumar no era un hombre sentimental, pero era religioso y creía en la expiación. Para él, el hecho de la partida de Babo era mucho más que una inversión en el futuro de la familia Patel. Se trataba de su religión personal, de su «ley natural», de su responsabilidad. Babo, que se había licenciado con matrícula de honor en química en el Jain College, iba a ser el primer miembro de su comunidad en seguir estudios en el extranjero. Babo, a la impresionante edad de veintinueve años, iba a ser también el primer miembro de la familia que volaría en avión hasta Londres.

A principios de año, Prem Kumar había mandado una carta a la oficina de Joseph Friedman & Sons de Londres, de quienes importaba cemento pigmentado y materia prima, para preguntar si podrían proporcionar a su hijo, que iba a estudiar por las tar-

des en el City & Guild Borough Polytechnic, alguna enseñanza práctica durante el día. Fred Hallworth, encargado de exportaciones, contestó diciendo que estarían encantados de emplear al joven Dharmesh Patel en sus oficinas de Wandsworth; que podrían ofrecerle diez libras y quince chelines de sueldo semanal, y que además le darían los miércoles libres para que pudiera acabar antes sus clases en la politécnica.

«Son condiciones más que convenientes —respondió Prem Kumar—, y espero que este nuevo vínculo haga aún más sólida nuestra relación comercial.» Un mes más tarde llegó una carta de la directiva: decía que estaban tramitando un permiso de trabajo para Babo, y que, si hacía falta resolver cualquier otra cosa, la compañía estaría encantada de ayudar.

Para Prem Kumar, todo eso era motivo de gran orgullo. Desde que el gobierno indio había prohibido la importación de productos terminados para promover la industria nacional, Prem Kumar había estado soñando con abrir su propia fábrica especializada en pintura, Patel & Sons, en la que Babo, con sus conocimientos adquiridos en el extranjero, y Chotu, supervisado por su hermano, consolidarían un estable y lucrativo futuro para la familia Patel. Prem Kumar se había adelantado ya a su tiempo. Ya le parecía verlo: las etiquetas en las latas de pintura, el logo, el eslogan, el ajetreo de trabajadores silenciosos como hormigas, archivos llenos de libros de contabilidad escritos con su letra pulcra y picuda, que mostraría beneficios al alza cada año que pasara. Prem Kumar se recreaba en este sueño incluso cuando se sentaba, solemnemente, debajo del cartel que en sus primeros años de idealismo había cuidadosamente colocado encima de su escritorio:

POR FAVOR, HABLE DE NEGOCIOS,
SEA BREVE EN SUS NEGOCIOS Y PERMITA
QUE ATENDAMOS NUESTROS NEGOCIOS.

Solo después, mucho después, el día del terrible telegrama, nueve meses después de que Babo dejara Madrás en un día casi lluvioso de agosto de 1968, empezó Prem Kumar a comprender las peligrosas implicaciones de su vano ensueño. Se dio cuenta de que estaba recibiendo el castigo de su propia duplicidad, de

soñar en el futuro cuando tenía que haberse preocupado por el presente.

La mañana de la partida de Babo, Prem Kumar arrastró su cuerpo cansado hasta la galería exterior y se unió al resto de su familia, pero no dijo nada del sueño. No se lo contó a Trishala, ni en los meses de silencio durante la enfermedad de ella, ni siquiera cuando Trishala deliraba en su lecho de muerte y quería saber cuántas veces le había sido infiel. Porque Prem Kumar no creía en revelaciones místicas. Cuando Trishala murió, por supuesto, no podía dormir por las noches; estaba inquieto, condenado a escuchar canciones religiosas que el walkman hacía resonar en sus oídos porque echaba de menos la extravagante presencia de su mujer, y porque, después de su primer y único sueño, temía las consecuencias de otro.

Prem Kumar tenía que convivir con el remordimiento de que, si le hubiera contado su sueño a su esposa, ella nunca habría permitido que su hijo tomara un avión aquel aciago día. Pero lo que hizo fue contemplar con su familia cómo Babo se iba, con su traje Jamal superalmidonado, sonriendo a todo el mundo con sus dientes relucientes, completamente ajeno a los perturbadores cambios que su partida iba a suponer para todos ellos.

El trayecto hasta el aeropuerto Meenambakkam de Madrás fue más bien desagradable. Chotu, el hijo pequeño de Prem Kumar, se embutió en el asiento delantero entre su padre y el conductor y estuvo todo el rato furioso y enfurruñado porque iba a perder una de las cosas por la que más pasión sentía: a su hermano mayor (la otra era más inalterable: jugar al críquet). Detrás, Trishala y Babo ocupaban los lugares privilegiados junto a las ventanas, y las niñas Meenal y Dolly se acomodaron entre ellos. De vez en cuando, Prem Kumar le gritaba al taxista «¡Tenga cuidado! ¿Es que no mira por dónde va?», o «¡Cuidado con la vaca!», pero aparte de eso era todo silencio. Babo miraba por la ventana y observaba los dibujos que los recientes charcos habían dejado en la calle. Durante dos semanas había llovido en Madrás, pero aquella mañana el cielo parecía contener el aliento, como una reverencia ante tan memorable ocasión.

—Papá —dijo Babo como si le acabara de pasar la idea por la cabeza—, en Inglaterra, ¿qué tengo que responder si me preguntan a qué casta pertenezco?

—Les dirás exactamente quién eres: hijo de Prem Kumar Patel, nieto de Shantilal Kumar Patel, bisnieto de Kunthinath Paras Kumar Patel.

—¿Y si me preguntan cuál es mi religión?

—Entonces dirás que eres un jainista devoto y practicante. Y que, igual que el padre de nuestra nación, Mahatma Ghandi, crees en la *ahimsa* y en la igualdad de todas las almas.

«Sí —pensó Babo—, esto es lo que les diré, si me preguntan.»

—Chotu —dijo entonces, estirando el brazo para acariciarle la cabeza a su hermano de once años—. ¿Crees que algún día también tú irás a Inglaterra a estudiar?

—Claro, *bhai*. Cuando sea mayor seré un fabricante de pinturas, como tú y papá.

Una vez aclarado esto, Babo se reclinó en su asiento y sonrió pensando que todo iba exactamente como tenía que ir. Mientras circulaban entre los árboles alineados en las avenidas, Babo vio que los vendedores de flores ya habían llegado y preparaban jazmines y caléndulas para las amas de casa que al terminar sus tareas se acercaban al templo a ofrecer plegarias matinales. Los fabricantes de café y té de las pequeñas chabolas de Balaji Snacks o Hot Point estaban ya en su puesto, igual que los vendedores de periódicos y los primeros paseantes del día. Madrás estaba viva, cantaba y bailaba como las gotas de aceite temblando en la superficie de los charquitos de agua. Babo vio a una niña subida en una bicicleta, detrás de su padre. Llevaba un vestido de color rosa vivo y unas tobilleras plateadas en los pies descalzos, y a Babo le pareció una princesa conducida por un trovador a través de los profundos bosques de la mañana.

La observó igual que observaba el resto de las cosas, sabiendo que iba a pasar mucho tiempo antes de que volviera a ver todo aquello. Pero media hora después de retener tal intenso aspecto de concentración en su cara, Babo sintió de repente una intensa necesidad de dormir.

Prem Kumar, aún irritado por la noche en vela, observó con disgusto que el salpicadero del Ambassador estaba abarrotado

de imágenes de dioses: Bala Krishna, Jesucristo, el gurú Nanak, Gautama Buda y hasta Mahavira, vigesimocuarto *thirthankara* y Gran Héroe de la religión jainista, todos ellos alineados, unos junto a otros, relucientes en su benevolencia. Era obvio que el taxista trataba de tener todos los frentes cubiertos al invocar a todos los dioses simultáneamente, y ya había enfurecido a Prem Kumar fumándose un *bidi* tras otro a la entrada de Sylvan Lodge, dejando que el pobre Selvam, su guarda medio ciego, se encargara de meter el equipaje en el maletero. Estaba claro que aquel tipo carecía del más mínimo conocimiento de lo que era el Pensamiento Correcto, la Acción Correcta o la Comprensión Correcta, los principios básicos de la fe jainista que Prem Kumar había tratado de inculcar a todos sus hijos, pero sobre todo a Babo. A Prem Kumar le parecía a veces que Babo venía de otra familia. Nunca se burlaba abiertamente de su padre ni discrepaba con él, pero Prem Kumar tenía por cierto que su hijo no rezaba, no recitaba el mantra Navkar tres veces al día (el mínimo obligatorio), no creía en ideas de penitencia y ciertamente no creía en la idea de negarse el propio placer.

Una vez, cuando Babo tenía doce años, reunió a todos los niños del barrio y a sus hermanos (incluyendo a Chotu, de dos años, a quien cargó a su espalda) y los llevó andando cinco kilómetros hasta Marina Beach, pensando que era una idea excelente salir al mar con los pescadores en sus catamaranes y nadar con los delfines. Cuando, después de hacer las compras, Trishala regresó a Sylvan Lodge y vio que sus hijos habían desaparecido prorrumpió en formidables gemidos, a los que se unieron todas las madres del vecindario, convencidas de que los demonios y los *asuras* se habían llevado a todos sus hijos a la vez. Horas después, cuando finalmente Babo volvió como Alejandro el Grande al cruzar el río Jhelum para conquistar al rey Poros con un ejército de niños de tez tostada, quemados por el sol de mediodía, con la ropa mojada por el agua del mar, con los bolsillos llenos de conchas, Prem Kumar, que había sido avisado en el trabajo, se llevó a su hijo al piso de arriba y le dio la mayor paliza de su vida. Por supuesto, Trishala fue después a hablar con él y, con dulces palabras, le dijo que, puesto que Babo era el hermano mayor, él era el vehículo de todas las aspiraciones de Prem Kumar, y el res-

ponsable de guiar a los más pequeños, no de estimular sus caprichos y excitar su imaginación.

Trishala trató de hacerle comer las samosas que con tanto cariño le había preparado con sus propias manos, pero Babo se había convertido en un muro de piedra. Les guardó rencor como una tortuga: para siempre. Fingió haberlo superado y siguió con su vida como si todo fuera normal, pero en su interior no perdonaba nada, y mucho menos todo aquello de lo que se lo acusaba injustamente. Había montones de recuerdos como estos, que guardaba encerrados en el corazón y quedaban como heridas recientes en la superficie de su cuerpo. Aun así, a pesar de todas las diferencias que había entre ellos, Prem Kumar sabía que su hijo era un buen muchacho. Que al menos creía en la *ahimsa*—la no violencia hacia todos los seres vivos, la idea de la verdad—porque era la idea más importante de todas. Según Prem Kumar, todo el mundo tenía que encontrar su propia verdad, pues sin ella la vida sería un estéril círculo de engaño y conflicto. Quien fuera lo bastante sabio como para perseguir esta verdad podía confiar en romper los vínculos que lo ataban al sufrimiento de este mundo y alcanzar la *moksha*, la liberación definitiva. Pero el problema con los jóvenes, pensaba Prem Kumar, estaba en que eran inquebrantables en la idea de su propia invencibilidad.

Prem Kumar miró a Babo, que pronto iba a descubrir todas esas cosas. Su cabeza daba golpecitos contra el cristal de la ventana: toc, toc, toc. Y en un extraordinariamente franco gesto de cariño, miró a su hijo dormido y sonrió.

En el aeropuerto, la familia desembarcó, cada uno con la parte del equipaje que le tocaba. Dolly y Meenal vestían enaguas y blusas de cuadros verdes a juego, y en la mano llevaban el estuche de primeras necesidades: polvo de talco, peine, espejo, toalla. Chotu se quedó aparte, con la bolsa de snacks y el termo de té, y la vista puesta en el suelo para no ponerse en ridículo llorando en público como sus hermanas. Trishala se abrió paso entre la multitud con su nuevo sari de color granate y sus gafas a juego, también granate, manteniendo el equilibrio con unas guirnaldas

rosas en una mano y una bandeja en la otra, y chillando a las niñas para que se dieran prisa y no se separaran de ella. Mientras sacaba de la cartera billetes de banco nuevos, Prem Kumar sermoneaba al taxista acerca de los nocivos efectos del tabaco, a la vez que no perdía de vista a otro sujeto de poco fiar, Lilaj-*bhai*, contratado para tomar fotos de la ceremonia de despedida de Babo.

Estaban acicalando a Babo, quieto bajo la luz para la sesión fotográfica. Meenal se ocupaba del pelo, intentando que los rizos de Babo no se movieran. Meenal, la segunda en la cola y la más callada de los cuatro niños, dada a cortos arrebatos emocionales y a largos períodos de introspección, lloraba copiosamente, como era la tradición en todas las mujeres Patel cada vez que había interacción con sus hombres.

—No te olvidarás de nosotros, ¿verdad, *bhai*? —dijo ella cogiéndole la mano y acariciando el grueso anillo de oro en la mano izquierda de Babo que ella le había regalado la noche anterior, siguiendo instrucciones de Trishala.

—No seas tonta —respondió Babo, igual que le había dicho la noche anterior, cuando Meenal lo sorprendió en la terraza fumándose a escondidas el último cigarrillo del día. «Ojalá me pudiera olvidar de ti», le había dicho, «pero ya llevo diecinueve años viviendo contigo, así que supongo que estamos atados para toda la vida, ¿no crees?»

Cuando vio que la empolvada cara de Meenal se encogía como un balón deshinchado, Babo estiró inmediatamente la mano para cogerle las trenzas y dijo:

—Vamos, carita triste, ¿a qué viene todo este drama, *bazi*? ¿Acaso no te prometí que te escribiría?

—Y a Falguni también —contestó Meenal con una risa ahogada.

Babo pensaba en Falguni cuando Meenal apareció de repente junto a él. Se había enamorado de ella en el festival de Navratri, cuando, durante nueve noches seguidas, todos los de su comunidad, jóvenes y mayores, se reunían en una gran sala para celebrar y adorar los tres aspectos supremos de la diosa Durga. A Babo no le interesaba su importancia religiosa. Le bastaba con la celebración. Era también una de las pocas maneras legítimas de conocer a una chica.

Babo se fijó en Falguni ya en la primera noche. La conocía desde hacía años, por supuesto, porque era la hija de Kamal y Meghna Shah, los mejores amigos de Prem Kumar y Trishala. Aun así, aquella noche fue como si la viera por primera vez, sentada junto a Meenal con un *ghagra* rojo de novia y brazaletes de cristal de colores que desde sus finas muñecas le llegaban a los codos. Era una chica de piel blanquecina y ojos color almendra, con una cintura esbelta y abundante cabello negro, que ella mantenía recatadamente trenzado. Pero su mayor encanto estaba en la peculiar estructura de sus dientes, que la forzaba a cecear y a confundir las eses con las ces. Básicamente por esta razón, y por el hecho de que, en muy pocos meses, Falguni había desarrollado unos pechos considerables, Babo se encontró revoloteando alrededor de ella junto con un corro de otros admiradores. Babo había aprendido en las películas que los mejores héroes eran los que eran astutos, elegantes y a veces crueles. Así que tras su sondeo inicial en lo de fingir desdén se llevó a una de las menos atractivas amigas de Meenal y pasó la noche entera bailando con ella. A las seis de la mañana, cuando la gente empezaba a retirarse, extenuada, hacia sitios donde desayunar, Babo, persistiendo en su indiferencia, se sentó en una mesa aparte con todas las amigas quinceañeras de Dolly y no paró de contar chistes a gritos, de jactarse de ser el primero que se iba a subir en un avión mientras fingía embarazo por su foto de «Buen viaje» aparecida el día anterior en el diario *The Hindu*.

Justo antes de acompañar a sus hermanas a casa, Falguni apareció ante él con los ojos llenos de lágrimas. «Prométeme que mañana bailarás zolo conmigo», le dijo con determinación. Pero Babo, acariciando la blanquecina y delicada mano de ella, se quedó en silencio; le soltó un guiño malicioso y la dejó así, para que tuviera todo el día para preocuparse por las intenciones de él.

A partir de entonces empezaron a pasarse mensajes secretos por medio de la muy servicial y entusiasta Meenal. Los mensajes se iban haciendo más apasionados a medida que se acercaba el día de la partida de Babo. Junto con el anillo de Trishala, Meenal llevaba una larga carta salpicada de lágrimas, en la que Falguni prometía que «no sería felis ni un zolo día» hasta que Babo regre-

sara de Londres. El día anterior, Babo había mirado a su hermana Meenal como si nunca la hubiera visto antes. No era guapa. No había nada especial en ella. Pero tenía ese halo que solo una jovencita rebotante de inocencia puede tener. Era algo tan desgarrador que le hizo desear poder alargar la mano y reclamarlo como suyo. Daba nostalgia ver a una chica así, con su límpida cara y su inmaculado cuerpo cubierto por un sari de chifón, con cortas mangas farol y el pelo recogido hacia atrás en dobles trenzas con cintas.

Todos esos sucesos, incluso ese momento con Meenal, estaban entrando en los anales de *Últimos tiempos* para Babo. A partir de entonces, durante meses y años pensaría en su hermana tal como estaba, mirándolo a él melancólicamente, con las lágrimas corriéndole mejillas abajo, preguntándole cuándo volvería para casarse y qué pasaría si ella se casaba antes. Él recordaría la buganvilla magenta cayendo en cascada de los tiestos de terracota, el aire casi siempre inmóvil y silencioso, diciéndole a ella que nada pasaría en el mundo hasta que él volviera. Babo recordaba creerlo también así, mientras estaban allí, hermana y hermano, con los pies en la terraza de ladrillo rojo. Meenal, cuya pasajera complexión infantil desaparecería poco después de su muy esperada boda, y Babo con su *kurta* almidonado, con las uñas bien recortadas, el pelo brillante por el aceite de coco que Trishala le había aplicado magníficamente, mientras le enumeraba las tentaciones que debía resistir fuera de casa: carne, alcohol, tabaco y, lo más importante de todo, mujeres.

Lilaj-*bhai* trataba de mantener el orden en la familia. Tan pronto como vio salir al embajador por la puerta de embarque empezó a caminar hacia allí, confiado y con una astuta sonrisa manchada por la nuez de areca. Sabía que si jugaba bien su baza podía hacer un buen negocio con la familia Patel: era en ocasión de partidas o llegadas cuando más vulnerables eran las familias. Decechos, nacimientos o bodas eran lo que más contaba en la escala sentimental, por supuesto. ¿Qué eran las fotografías, al fin y al cabo, sino el deseo de capturar algunos de estos sentimientos, de atrapar sensaciones para después poder maravillarse con ellas?